

EL VERDADERO SAFARI

Por fin nos tocaba, habíamos tenido que esperar nuestro turno para subir al todo terreno que se nos había asignado y que lucía un claro cartel con el número cinco, el calor era intenso para esa hora de la mañana pero todos sabíamos que merecería la pena, estábamos sobre excitados. Durante la espera el padre de la otra familia que nos acompañaría en el safari, un tipo alemán sudoroso y grande como una mole de carne no había parado de decirle cosas a Rosa y eso que no teníamos ni idea de alemán, pero es que ella tiene un magnetismo especial y siempre algún desconocido le cuenta su vida como si fuesen amigos desde niños, no sé si será por su chispeante mirada o por su cantarina risa que a todo el mundo cae en gracia.

Ocupamos los ocho asientos ordenadamente, aunque no se cómo el alemán, a pesar de su corpulencia, se las apañó para, haciendo una finta, adelantarnos a todos y sentarse en el asiento del copiloto, dejando a su mujer y a su hija adolescente a su suerte ya que terminaron en los asientos de atrás justo al fondo. Nosotros cuatro nos repartimos pacientemente por el resto de los lugares vacantes no importaba cual sino disfrutar del momento.

Una vez acomodados, apareció ante nuestro vehículo un hombre de piel tan oscura que parecía azul marino, era altísimo y seguramente debía de pasar con facilidad del uno noventa de altura; iba ataviado con el característico traje de camuflaje de pantalón corto y sombrero oscuro de cazador con el escudo del parque bordado en hilo dorado. No era muy corpulento, tenía aspecto de corredor de maratón, nervudo y musculoso y con el blanco de los ojos tan definido que les daba cierto aire de locura, pero al estar enmarcados en aquella frente despejada y mostrando una sonrisa franca no destilaba otra cosa que confianza. Se cuadró ante nosotros con aire marcial y poniendo los brazos en jarras inició su saludo habitual.

- Buenos días me llamo N'dugu y voy a ser su guía y conductor.

Diplomáticamente nos animó a que cumpliésemos a rajatabla unas sencillas normas de seguridad y especialmente a ajustarnos correctamente los cinturones, sentenciando muy serio que el viaje sería muy accidentado y de paso aprovechó para preguntarnos a todos por nuestros nombres y lugar de procedencia.

Una vez terminadas las presentaciones N'dugu tomó asiento en el puesto del conductor y empezamos nuestro periplo por una senda bastante bacheada que hizo las delicias de los chicos pues no parábamos de dar saltos, al poco se abrió el camino a la gran sabana y empezamos a tomar velocidad.

Lo primero que divisamos a lo lejos fue una polvareda que se fue acercando y empezamos a vislumbrar una gran manada de ñus, debía haber unos dos mil al menos, que no paraban de resoplar al pasar por todas partes a nuestro lado haciendo un ruido ensordecedor con su loco galopar. N'dugu señaló a un pequeño ñu que apenas debía tener unos días y que corría torpemente con sus desproporcionadas patas tratando de seguir a duras penas el paso de su madre que dejándole su espacio no dejaba de vigilarle.

Vimos grupos de jirafas trotando al unísono y grandes rebaños de cebras corriendo en formación, también fuimos mudos testigos de la alocada persecución a unos antílopes por parte de cuatro guepardos que alcanzaron una velocidad endemoniada hasta alcanzar al más torpe de los rumiantes.

Más adelante vadeamos lentamente un gran río que cruzaba de lado a lado la inmensa planicie y notamos como se filtraba y entraba el agua por los bajos del suelo del vehículo para diversión de algunos y protesta de otros. Mientras a nuestro alrededor un grupo de hipopótamos se bañaba y comía perezosamente con la boca llena de plantas acuáticas ignorando por completo nuestra incursión en sus dominios.

Después, tras varias sacudidas y trompicones, salimos de nuevo a la llanura y tomamos de nuevo velocidad, entonces fue cuando aparecieron.

Eran dos grandes machos, dos enormes rinocerontes blancos con cara de pocos amigos que corrían a la par del todo terreno y era evidente que cada vez estaban más cerca.

El de la izquierda con un certero giro de cabeza nos embistió con fuerza y hubo alguna risa contenida. Trotaban a gran velocidad paralelos a nosotros y unos metros más adelante el gigante repitió la acometida con más energía y esta vez nos quedamos todos callados.

No nos habíamos dado cuenta que el rino de la derecha se había alejado ligeramente para tener más ángulo de ataque, su intención era darnos el golpe maestro.

El gran cuerno impactó como un ariete contra la base del todoterreno y el poderoso cuello de la bestia hizo el resto levantándonos por los aires.

Todos y cada uno chillamos dejando nuestros pulmones exhaustos y vacíos mientras empezamos a dar vueltas de campana y veíamos el mundo girar a toda velocidad. Estábamos aterrorizados, solamente N'dugu parecía mantenerse firme en su puesto y no dejaba de decirnos que nos agacháramos sobre nuestras piernas como en un aterrizaje forzoso.

Cuando paramos de rodar quedamos bocabajo colgados de nuestros arneses, por fortuna todos habíamos hecho caso a la instrucciones iniciales de nuestro guía. Pero el alemán no paraba de gritar como un poseso; el amable y dicharachero acompañante se había convertido en una fiera desbocada que estaba asustando a los niños más aún que el mismo accidente. N'dugu nos pidió calma y dijo que aunque estuviésemos incómodos no nos moviéramos y que por nada del mundo se nos ocurriese soltar los anclajes de nuestros asientos, que enseguida todo estaría bien y vendrían a rescatarnos. Con la facilidad de un contorsionista de circo vimos como se liberaba de sus correas y salía del coche. Mientras el grandote, histérico como yo nunca había visto a nadie, seguía gritando como un energúmeno y a los adultos, al no entenderle, la verdad es que también empezaba a darnos un poco de miedo, por fortuna parecía que los rinocerontes ya habían perdido su interés por nosotros y se habían marchado por su camino.

De repente el suelo empezó a retemblar y todo se cubrió con una polvareda fina que poco a poco se fue disipando para al final dejarnos ver unas patas enormes como columnas salomónicas, todos pensamos que lo peor estaba por venir. Entonces, con un estruendo similar al de la trompeta de un monje tibetano pero aún más agudo, oímos el barritar de un gran elefante africano que venía dócilmente acompañando a nuestro guía que nos dijo que nos estaba diciendo que nos sujetáramos con todas nuestras fuerzas.

Con su poderosa trompa el paquidermo volteó el todo terreno con la facilidad con que un niño lo hace con uno de sus juguetes. Todo crujió y nos bamboleamos de un lado para otro hasta que por fin nos estabilizamos y entonces fue cuando nos dimos cuenta.

El alemán dejándose llevar en un ataque de pánico se había bajado del vehículo mientras se hacía la maniobra y había sido aplastado por la atracción.

Al día siguiente todas las televisiones y la prensa mundiales se hicieron eco de la noticia diciendo que el parque temático Mundo Futuro de Valladolid había tenido que cerrar indefinidamente El Safari, la atracción virtual más cara de la historia, por no reunir todas las medidas de seguridad previstas y en espera de una revisión concienzuda que permitiese garantizar su reapertura, a la vez que comentaban como las compañías de seguros de la multinacional propietaria tendrían que hacerse cargo de cuantiosas sumas en indemnizaciones.

Nosotros, haciendo caso omiso a dichas especulaciones, volvimos a casa huyendo de aquel horror y deseando haber seguido el consejo de nuestra agente de viajes de siempre que nos recomendó ir de veraneo a Torrevieja en vez de a “esas cosas tan modernas” y sobre todo nos quedamos todos pensando en el pobre N’dugu, que perdería su trabajo y seguramente tendría que volver al calor verdadero en su Tanzania natal junto al Lago Victoria para complacer a verdaderos turistas en busca de las verdaderas emociones de un verdadero safari en África .